

Los Tres Consejeros



Rdo. R. Wingrove Ives

“Cuanto menos se diga, más fácil se remedia”. No hay lección más difícil de aprender que el control de la lengua. Y no hay sabiduría mayor que ponerla en práctica.

Si uno no habla con precaución, “paga caro por lo que dice” y pagar es lo que muchas veces duele. Por esas razones es de mucha prudencia el proverbio antiguo: “Pesa bien tus palabras. No sea que se vuelvan espadas – espadas de dos filos que cortan tanto a quien las dice como a quien las oye”. Fenelón dijo: “El hombre prudente piensa antes de hablar; el tonto habla primero y piensa después” pero con remordimiento y tristeza. Las palabras todavía dentro del corazón pueden modificarse, cambiarse, borrarse y callar, pero una vez salidas de la boca, cuales flechas disparadas ya no regresan. El valor de la prudencia en el uso de las palabras se nota en la fábula del león y sus tres consejeros.

Un día el rey león hizo una pregunta a tres consejeros quienes le atendían. Su majestad preguntó al oso si podía sentir algo desagradable en su aliento. “Como no”; contestó el oso. “Su aliento es abominable, detestable”. Con un fuerte zarpazo el león postró al pobre oso. Entonces su majestad llamó al mono y le repitió la misma pregunta. “No, no, no,” contestó el mono. “De lo contrario, su aliento es como la fragancia de la rosa”. Entonces el mismo zarpazo real botó al mono dejándolo postrado al lado del pobre oso. La misma pregunta se le hizo a Reynardo, el zorro.

Señor Reynardo, del zapato del rey, la mera horma,
Con grande tino a su rey contesta:
“Vuestra Majestad, oh Rey Leo. Perdón os suplico.
Pero con ese gran catarro que hace días padezco,
Olores y hedores distinguir no he podido.”
Con su tino, amigo Reynardo, problemas evita.
Su cabeza prudente y su lengua refrenada
Le aseguran al zorro su bien y su vida.”

Probablemente todos estemos de acuerdo en que lo que al mono le cayó, fue bien merecido, porque la lengua halagadora es de despreciarse siempre, sea de quién o por donde se encuentre. Casi siempre va con algún interés personal de parte de quien la usa. Cierta lástima o simpatía se puede sentir por el pobre oso, al menos por su sinceridad que no siempre se muestra bajo circunstancias semejantes. Pero, de todas maneras, no había necesidad de ser tan brusco. Tampoco mostraba cortesía ni prudencia ser tan franco y tan enfático en cuanto a un asunto personal. A lo largo podemos ver que fue su propia brusquedad la que trajo sobre sí el zarpazo que recibió.

El imprudente y franco oso es buen ejemplo del “genio” que siempre habla sin consideración y se gloria y se enorgullece con “decir lo que piensa”. Esa persona acostumbra jactarse de su franqueza y de siempre “decir su parecer”. Anda diciendo: “Yo siempre hago saber las cosas como son y eso tan pronto como se me presenta la oportunidad”. Y ciertamente así lo hace, aunque sus palabras sean cañonazos y catapultazos. A él, poco le importan las sensibilidades ajenas, siendo el caso que ningunas propias tiene. No le duele irritar pieles sensibles ya que su propio pellejo es como el del rinoceronte. Seguramente no ha aprendido que sus “palabras son como golpes de espada”. Que aprenda que su lengua, cual de los sabios, podría convertirse en medicina.

“Palabras blandas jamás un hueso han fracturado;

Pero palabras duras muchos huesos han quebrado”.

Aprendamos del oso la imprudencia de ciertas formas de hablar. Tengamos presente el adagio:

“Toda la verdad, no hay por qué siempre decir.

Algunos haciéndolo, creyéndose valientes,

Se muestran ser muy insolentes”.

El necio es el que da rienda suelta a su lengua. “El que guarda su boca y su lengua, su alma guarda de angustias”.

Aprendamos del zorro que “en boca cerrada no entran moscas”; que “la lengua callada ningún mal provoca y ningún riesgo corre”. “Palabras son plata pero el silencio es oro”, dijo Tomás Caryle. Un antiguo adagio escocés reza así: “Sabe mucho quien sabe cuándo hablar; pero sabe más quien sabe callar”.

Los antiguos solían decir: “El hombre tiene dos oídos pero una sola lengua, por lo tanto le conviene escuchar dos tantos y hablar uno”. Esa medida, por cierto, es la máxima, y si todavía el hombre hablara la mitad de ella, el mundo no tendría que lamentarlo. “El hablar viene por naturaleza, pero el silencio es fruto del entendimiento”.